

Fernando Curiel

Navaja

PAISA ¡NO!

I

Los metieron al vagón de madrugada. El frío mordisqueaba los huesos. Eran doce, hombres y mujeres, una niña. Habían cruzado el Río Bravo al anochecer, aprovechando el momento en el que los patrulleros gringos concentraron sus fuerzas cerca del Puente Viejo para rechazar las oleadas que, suicidas, dejaban la orilla mexicana. Rifles, perros de hocicos trémulos, los esperaban del otro lado. Ellos, en cambio, ocultos a unos seis kilómetros, vadearon, gracias Virgencita, la corriente. Un sujeto sucio, chaparro, con cachucha del equipo *Dodgers*, los condujo a toda prisa a una bodega maloliente, luego a una casa al parecer deshabitada; por último, cruzando a gatas un ducto, a las afueras del Laredo tejano. El guía daba órdenes rabiosas, silbantes. No podían hablar entre ellos, preguntar maldita la cosa, hacer el menor ruido. Caminaron envueltos por una oscuridad amenazante que se enfriaba a cada paso. A lo lejos pasó un tren. Entonces los sepultó.

Vigilados por unos ojos de rata, los hombres y las mujeres, la niña atontada por el frío y el cansancio, el hambre, se metieron en un hoyo de pequeña entrada, disimulado por un ramaje entretejido. Los golpeó el olor a polvo y sudor y orines. Antes de cubrir el escondite, les espetó que esperaran, en total silen-

cio, su regreso; palabras de odio antes que de esperanza. Temblaban de frío y de miedo. Sospecharon el avance de ejércitos de tarántulas. Casi vieron el haz de la linterna policial que los descubriría al hocico de perros y rifles. Pero aguantaron la espera. Ateridos. Vivos en su tumba.

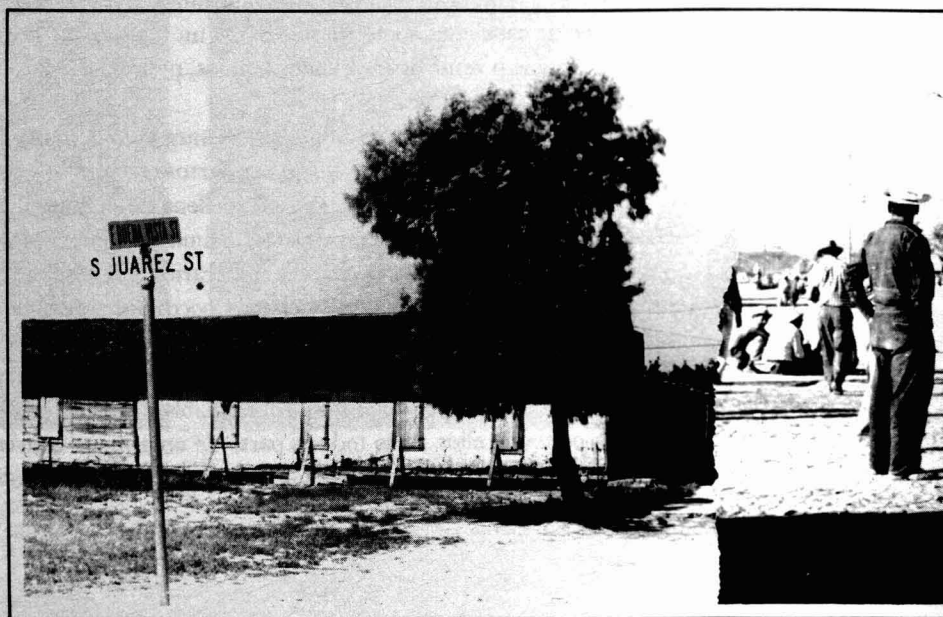
II

Por eso el clima cálido, aunque de olor penetrante, a plástico nuevo, del vagón del ferrocarril, confortó sus corazones desamparados. El guía había regresado; rata silbante que, antes de desenterrarlos, exigió su paga, más de lo acordado con su cómplice en el Laredo mexicano. Ya afuera —no tardaría en helar— supieron que viajarían toda la noche en el vagón hasta una estación de quién sabe qué ciudad, pero no lejos, donde alguien

los recogería; que no se molestaran en tratar de salir antes del vagón porque éste no se podía abrir por dentro.

Te tendiste, igual que los otros. La quietud rompió el yugo que impidió hasta entonces rezar, sollozar, darse alientos. Procedías de Axixintla, en Guerrero, antes de Julianita si vas para Taxco. De aquí a la ciudad de México, la puta que la parió, y de la ciudad de México, la puta que la parió, al norte, viaje sobresaltado y humillante, hasta Nuevo Laredo. Pero descansabas, descansabas ya en Jerusalén.

El tren riela sobre una planicie sin más ondulaciones que las crestas de los huizaches. Cielo y tierra llanos, tan diferentes. Nada de bajar o subir por cerros y atajos, esquivar barrancas. El viento lunar juega con el penacho de humo. Andabas, paisano, en los veintiocho años. El paisaje se repite: rieles que convergen en el horizonte, manchones de



acacias en playones calcáreos. Únicamente cambia la luz. La lechosa del cielo se adelgaza; la grisnegra de la tierra franquea el paso al naranja. Están por llegar a la estación prometida.

Te sedujo, paisano, la fotografía a colores. Tu primo Rubén, su esposa y sus tres hijos, el último nacido en Texas, posan ante el mostrador del McDonald's de San Antonio. Todos visten las mismas prendas. Tenis, calcetas, bermudas floreadas, camisetas con la leyenda CocaCola. Sonríen para ti, exclusivamente para ti, con toda la boca. La gordura tensa las telas, pone a prueba las costuras. El cuerpo de Rubén y el de su esposa se asemejan. Pecho rebosante; vientre atinajado que se derrama debajo de la cintura; brazos del grosor de un tronco. Decidiste ocupar tu lugar junto a ellos, sonreír, tú también, porcino.

III

El vagón, luego llamado con gastado énfasis "de la muerte", jamás fue enganchado a convoy alguno. Las posturas de los doce cadáveres acusaban una agonía atroz. Construido para el transporte de productos congelados, el vagón quedó sellado no bien el guía con la gorra de los *Dodgers* cerró la puerta. Agotaron el oxígeno en minutos.

La fotografía tomada en McDonald's figura, en el expediente, con el número 36.



"N"

Torvo y cojitranco, apoyándose en una larga pértiga rematada con un garfio, recorre la costa poniente de Xochiaca, laguna putrefacta vecina al aeropuerto de la ciudad de México. Viejo de trece años cumplidos. El zumbido de los moscos—su vuelo es pesado, ahíto—apaga el de los jets. Atacan en formación de barrena. Rasgan la piel sarnosa. Ascenden para atacar de nuevo: manchones que la luz del atardecer esmalta. Siempre es así, a esta hora. Mientras sorteja nidos de ratas, trampas de basura legamosa, filos asesinos, se conturba con el espectáculo del crepúsculo que muda la carroña en belleza. El peso recargado en la pierna sana, contempla los efectos que la agonía solar ocasiona en las aguas negras. Las llantas que tapizan las orillas son delfines; navíos, los esqueletos de los automóviles. Hasta los vapores que emanan de la laguna dejan de morderle la garganta. Su silueta se recorta en el costado de una carrocería varada aquí no hace mucho: casi enano, tripudo, de na-

riz chata. Se estremece como si lo hubieran sorprendido. Huye, mirando hacia atrás. Latas, nubes de moscas, extraños bagazos, mierda bañados por una luz azafrán. Llega a su destino: cueva excavada en un cerro de basura seca. Observa a su alrededor antes de dejar la pértiga a la entrada e introducirse a gatas. Ya dentro se arrellana y de debajo de la chamarra raída extrae, envuelta en un pedazo grasoso de papel periódico, una torta de milanesa. La devora con delectación; primero los bordes, después el centro. En sus ojillos malévolos las aguas se enturbian, vinosas, hasta absorber los destellos últimos del crepúsculo. Inhala, repetidamente, en el interior de un bote de pegamento y, alucinado, se dispone a aguardar la oscuridad plena; el golpe, en el agua, del bulto subrepticio. Basura, llantas, muebles desvencijados: quizá, si tiene suerte, un cadáver, desfigurado o completo, hombre o mujer. Algo se pepena. Aguarda. Aguarda el momento de esgrimir la larga pértiga, dueño de la costa de Xochiaca, la pierna buena anclada en el cieno fosforescente.

RECUERDO DEL CAPRI

I

-¡No me dijo que saldría de viaje!
-Fue un compromiso de última hora.
-¿Cuándo regresa?
-Hasta el lunes.
-¿Puedo invitarte a comer?
-...
-Perdóname, olvídalos.
-¡No!... Está bien ¿Hoy?
-Me encantaría.
-Como con mi mami.
-¿Un café, más tarde?
-Mjmmmm...
-¿Conoces el Kabah? La casa de tu/
-Sí. Espérame a las seis.
-Gracias, yo/
-Tengo que colgar.

2

No llegó a las seis. Ni a las seis y cuarto. Ni a las seis y media. Ni al cuarto para las siete. Ni a las siete. Comprendió su atrevimiento. Ella se lo diría a él apenas lo recogiera en el aeropuerto. Merecido se lo tenía. Llamaba a Rudy, el mesero, cuando ella irrumpió en la entreluz de la calle Atoyac. La presintió a través de las cortinas corridas. Apareció en la puerta del café mientras pagaba presuroso. Salió. Lo saludó de mano, marcando distancias. Vestido azul, tejido, escotado, por encima de las rodillas,

mordiéndose los altos muslos. Medias blancas encaladas. Peinado a la moda de entonces: torre sostenida por el cemento invisible de laca.

Sin hablar, pasearon, rozándose los hombros, las caderas, por las calles de la colonia Cuauhtémoc. Frente a la panadería, contraesquina del Kabah, se cruzaron con Julio Bracho y su hija, años después notable actriz. Más adelante, pavoneándose, con Siqueiros. Salieron a Reforma cuando la oscuridad era plena. Caminaron todo el tiempo por la lateral de la avenida. Se metieron al cine Roble, a la mitad de la función. Únicamente permitió que le tomara la mano, fría pero tersa. Distraídos besos en la sien. Perfume *Joy*.

3

Bar del Hotel Reforma. El "Buchanan" los relajó. Hablaron y hablaron como si acabaran de conocerse. Como si durante tantos años, en las reuniones del grupo, no se hubieran apartado, para decirse ternezas, acariciarse, sus miradas.

-¡Me voy a casa!

Dijo de pronto.

-Estoy... estoy un poco mareada.

Añadió sonriéndole con toda su boca roja, carnosa.

-Ven... Vamos a caminar otro rato. Te sentará bien.

Arrojó a la mesa un billete de cin-

cuenta pesos y la ayudó a levantarse. Pasearon, ahora libres, nó más cohibidos, culpables. Al fin, casi frente al restaurante Ambassadeur, se besaron. Lengua, la de ella, densa y sávida. Se estremeció.

4

Librería Zaplana, frente al Caballito. Le obsequió, recién publicada, una novela que había saboreado de las orejas al rabo: *Los relámpagos de agosto*.

De nuevo la noche, mayo.

Los atrajo, en la distancia, la marquesina del cabaret *Capri*, en la esquina de Juárez y Balderas.

-¿Tienes un poco más de tiempo?

Le rogó él al borde del vacío.

Ella dudó. Se llevó la mano al cuello.

-Necesito un teléfono.

5

Bailaron, no como otras veces, discretos, husmeándose el cuello y tocándose apenas las mejillas. Abrazados. Solos. Besándose. Su pierna sumida entre las de ella. Transpiración perfumada, confundida saliva, alcohol balsámico, sueño que la realidad alarga. En algún momento en que la variedad, que no atendían, los expulsó de la pista, ella se quitó, bajo la mesa, las medias caladas. Escuchó el rumor sedoso. Olió el aroma; sal, piel mojada, afeites. Temblándole las manos acarició las piernas desnudas.

6

De nuevo en la Avenida Juárez, frente a la farmacia, ella descalza, los baña el amanecer. Se apaga de un golpe la marquesina del Capri.

Se separa -entonces, ahora- para examinarla en detalle. Suya. El vestido arrugado, su profundo escote azul, los zapatos que cuelgan de la mano derecha, la boca levemente hinchada, el peinado hecho un asco, esos ojos avellana que avillana el deseo. Suya ella, suyo el lugar. Entonces, y hoy, y mañana. Pese al terremoto. ♦

